

tancias van delante de él; de la misma mano que cría los genios y los aplica á su obra, Dios conduce los acontecimientos á donde ellos deben de verificarse; entre el curso de los unos y la evolución de los otros, hay una armonía preestablecida: la misma hora marca su madurez.

En el momento en que Jesús se aproxima á su treintavo año,—la edad perfecta de la virilidad entre los Judíos,—el mismo Espíritu que le ha producido y que ha hecho converger hacia él todo el movimiento de los siglos,¹ prepara directamente el teatro en donde él va á aparecer; él le acorta el camino, él despierta el alma de su pueblo por una de esas voces que apasionan á la multitud y conmueven las conciencias.

LIBRO SEGUNDO.

JUAN EL PRECURSOR Y LA VENIDA DE JESUS.

¹ Véase el libro I, cap. I.



CAPITULO I.

LOS JUDIOS EN JUDEA HACIA EL AÑO 26.—VENIDA DE
JUAN BAUTISTA.

Antes de presentar la continuación de la historia evangélica, véamos vivir en la Palestina á la sociedad judía, hacia el año 26, en la época en que Pilatos, en calidad de Procurador romano llega á administrar la Judea. Hay ahí un concurso de acontecimientos, una organización religiosa y social, un juego, una lucha de partidos, un conjunto de supersticiones, de preocupaciones, de pasiones y de esperanzas, de corrientes de opinión, en una palabra, un estado de la conciencia nacional, que es preciso estudiar de cerca y con algunos detalles, para comprender el medio en el que Jesús vivió y el movimiento que, bajo la acción de Juan-Bautista, va á preparar su venida.

A primera vista, se distingue en ese pequeño mundo removiéndose diversos grupos muy divididos. Ahí existen desde luego las grandes familias patricias y sacerdotales, entre las que se reclutan los soberanos pontífices, los Boéthos, los Hanan,

los Phabi, los Kanith. El pontificado supremo se ha hecho para ellos una especie de feudo que ellos se disputan cerca de la autoridad romana, á fuerza de intrigas y de dinero. Opulenta, llena de altivez, detestada, esta aristocracia oprime al pueblo con diezmos é impuestos, y ultraja su pobreza para una existencia fastuosa. No se perdonaba á los patricios ni á los jefes sacerdotales en actitud conciliadora respecto al poder pagano aborrecido. Los grandes sacerdotes, arbitrariamente nombrados, y destinados por los procuradores, han perdido todo prestigio. La multitud que les odia y les desprecia, se venga de ellos por el insulto, las burlas, los anatemas. Nada detiene ese torrente de odio, sube y se desborda. Veinte años después, se cantará en las calles de Jerusalem.

"¡Qué calamidad, la familia de Boéthos!

"¡Malditas sean sus lanzas!

"¡Calamidad, la familia de Kantharos! ¡Malditas sean sus plumas difamatorias!

"¡Calamidad, la familia de Hanan! ¡Malditos sean sus silbidos de víboras!

"¡Calamidad, la familia de Phabi! Maldita la pesadez de sus puños!"

Ellos son grandes sacerdotes, sus hijos tesoreros, sus yernos guardianes del Templo; y sus sirvientes abruma al pueblo á palos.¹ Esos anatemas de la multitud exasperada dicen mucho respecto á la brutalidad de la tiranía sacerdotal. Veíanse á criados miserables, escoltados de insolentes compañeros, quitar á la fuerza los diezmos para sus señores y maltratar sin piedad á los recalitrantes.² Los grandes sacerdotes tenían á menudo el derecho exclusivo de venerar á las víctimas. Los Hanan habían establecido sobre el monte de los Olivos, bazares (Kanehiot) para la educación y venta de palomas. Excedían en hacer lucrativo ese piadoso monopolio. Abusando de su autoridad, multiplicaban los casos en los que, según los ritos,

¹ Talmud, Hierosol., Perachim, 57, a.

² Antiq., XX, 8, 8; 9, 2.

los sacrificios de palomas eran obligatorios; la carestía era excesiva, á tal grado, que un solo par de palomas se vendía hasta en un denario de oro. Y mientras esos pontífices se hartaban de tributos, los sacerdotes de rango inferior, reducidos á la miseria, morían de hambre.¹

Fácilmente se comprende qué indiferencia religiosa debía ocultarse en esta clase de hartamientos. Esos hijos degenerados de Aaron ó de Leví no ardían en la impaciencia de ver el Reino de Dios; y, sin embargo, ninguno más conservador que ellos. Ellos forman el núcleo del partido saduceo;² su ortodoxia es inflexible, sobre todo en lo que toca á los ritos, y sus sentencias inexorables. Las cosas del otro mundo no les preocupan para nada: materialistas, sensuales y escépticos, no las creen. Mantener el orden establecido, vivir en buena inteligencia con los Romanos, guardar sus cargos, hacer buena cara y gozar, he aquí para ellos lo esencial. La religión no es un fin, es un medio; ellos se guardan de decirlo muy alto, pero este axioma domina toda su vida.

Al lado de la aristocracia del nacimiento, de la fortuna y del sacerdocio, existe la de la ciencia religiosa: letrados, doctores y escribas. Después que la "Thora" se había conquistado, en la vida judía, un lugar tan elevado, y había llegado á ser, casi á semejanza del Templo, uno de los centros, se vió aparecer al lado de los hombres del culto á los hombres de la "Thora."

El sacrificio absorbe á los unos, el estudio á los otros; los primeros están obligados por su propio nacimiento en las funciones sacerdotales, pero los otros salen de todas las tribus y de todas las clases; ellos representan la ciencia religiosa, moral, ritual, jurídica; ellos comentan el Libro, le copian, le propagan; ellos no tardan en elevarse sobre la clase de los sacer-

¹ Antiq., XX, 8, 8; 9, 2.

² El partido de los justos, de Theiakah, justicia. Ese nombre parece haber designado todo desde luego, bajo Juan Hyrcano, el partido compuesto sobre todo de los sacerdotes, y quien, ante las exageraciones de los Fariseos, se contentaba de la justicia, tal como la exigía el texto de la ley. Tal vez le agradaba adherirse por este nombre al último de los pontífices cuya memoria estaba en veneración, á Simedón, llamado el justo. Cf. Antiq., XIII, 9; XVII, 2, 4; XVIII, 1, 3. Bell. Jud., II, 8.

dotes y en hacerse dueños de la opinión. Esta es una ley de toda sociedad humana llegada á cierto grado de cultura: la potestad es de los más fuertes, y los más fuertes son los que saben.

Los doctores no sólo estudian y enseñan la "Thora," ellos se señalan por una fidelidad más estricta á todo lo que ella impone, defendiéndose con energía contra toda influencia pagana. Estos son los "Hassidim," los piadosos, del tiempo en el que el helenismo, desde la conquista de Alejandro, todo lo invadió; después de haberse mantenido firme contra la civilización y las costumbres paganas de los Griegos y de los Syrios, ellos resisten hoy á la corrupción romana. El particularismo judío se halla en ellos con toda su aspereza; ellos personifican la conciencia nacional, ellos los que se acuerdan, ellos los que esperan. Todos los hechos de la gran historia de Israel viven en su memoria; todas las promesas de Dios al pueblo de quien son miembros, brillan ante ellos como un espléndido porvenir. La "Thora" es todo para ellos, puesto que ella contiene todo su pasado y su destino, puesto que ella les enseña la justicia legal que, al hacerles agradables á Dios, garantiza el triunfo de su raza y de su fe.

Esta doble aristocracia ha dado nacimiento á dos partidos cuyas luchas, las rivalidades y los excesos llenan los dos últimos años de la historia del pueblo judío: los Saduceos (Tsaddikim) ó los Justos, y los Fariseos (Perischim) ó los Separados, los Distinguidos. Los primeros pertenecen casi todos á la aristocracia de la fortuna ó del sacerdocio, los segundos á la de la ciencia.

Al convertirse en un partido, los Fariseos¹ han sufrido la ley de toda secta. Ellos han exagerado sus principios, llevado más allá sus tendencias, merecido los anatemas del más

¹ "De Parousch," separación, distinción. Los Fariseos ó los Separados, los Distinguidos, los Puros, se señalaban por el cuidado con que se separaban, se distinguían de lo que no era judío. Todo comercio con los paganos, toda concesión hecha á sus costumbres, de parte de los Saduceos, les parecía una profanación y una cobardía. Cf. Antig., XIII, 9; XVII, 2, 4; XVIII, 1, 3. Bell. Jud., II, 8.

dulce y del más sabio de los maestros; ciegos voluntarios, cerrados á la viva inspiración, ellos nada han comprendido del misterio de los acontecimientos, y se han convertido en la fuerza más hostil, la más refractaria á la fundación del Reino de Dios.

Absorbidos en el estudio de la "Thora," del Libro, no conocían más que la letra; el espíritu se les escapa, y la letra les mata. Ellos desprecian siempre el elemento moral, y se aplican á lo que es exterior y ceremonial; ellos apenas se preocupan de la santidad del alma, pero se apasionan por la santidad legal. El deber para ellos no es el cumplimiento de la voluntad de Dios, es ante todo la práctica estricta de la legalidad. Llevados por ese celo de observancias, ellos no piensan en multiplicar las virtudes, sino más bien los ritos: el más santo no es aquel que se domina á sí mismo y que ama á Dios y al prójimo, es aquel que hace más ayunos y promesas, más abluciones y sacrificios, el que lleva las flacterías más anchas y los penachos más largos, el que camina con la espalda más encorvada, los ojos más bajos á la tierra, el que afecta en los días en que ayuna, semblante más fúnebre, absteniéndose de ungir su cabeza, de lavarse la cara,¹ y de saludar á sus amigos,² y que emplea las fórmulas más interminables de oraciones. Su piedad no es más que una máscara. La hipocresía, —este arte de aparecer y de mentir, de ocultar el vicio y los vicios del alma bajo las apariencias de la santidad—era casi universal entre esos falsos devotos.

Ninguna idea grande se agita en las cátedras y en las sinagogas. Los doctores célebres que, bajo Herodoto el Grande, habían sobre todo contribuido al desarrollo de las tradiciones y de las costumbres, á la interpretación jurídica de la ley, los Schemaiá y los Abtalion, los Hillel y los Schammai, habían desaparecido, y, como acontece siempre cuando faltan los hombres superiores, los mediocres indujeron á los excesos y á las

¹ Talmud Hierosol., Schabbat, I, 12, 1.

² Id. Tannith, I, 4-7.

minuciosidades. El formalismo creció, las cuestiones se hicieron más sutiles, la casuística más bizarra y la más desarreglada hacia el gasto de toda la enseñanza.¹

Las discusiones rituales apasionaban á los letrados, ellas formaban el terreno del combate entre los partidos y las escuelas rivales.

El día de la fiesta de la Expiación ¿el incienso debía ser quemado ante el Santo de los Santos, ó más bien en el mismo Santo de los Santos, inmediatamente después de la entrada del gran sacerdote? La cuestión era juzgada de tal importancia que los Fariseos, la víspera del gran día exigían del sacrificador supremo el juramento de fidelidad al verdadero rito. La oblación que acompaña al holocausto ¿á quién pertenecía? ¿A los sacerdotes ó al altar? La yerba recogida, como primicias, en la primavera, al día siguiente de la Pascua, ¿puede ser cortada en día de sábadó? En la fiesta de los Tabernáculos, ¿la libación del agua debía hacerse sobre el mismo altar, y la procesión con las ramas de sauce debía detenerse cerca del altar? ¿Debía descontarse el diezmo solamente sobre las semillas, el vino y el aceite, ó todavía sobre el anís, el comino y la menta? El juramento por el cielo ó la tierra, por Jerusalem ó por el alma, ¿es válido, ó solamente el juramento por Dios? ¿Es necesario jurar por el Templo ó por el oro del Templo, por el altar ó por la víctima del altar?

Vana y vil casuística, sin moralidad y sin elevación. Los más exagerados son materialmente los más escuchados; los discípulos de Hillel, inclinados á la dulzura de las interpretaciones, son desbordados por los de Schammai, el austero, el intransigente. La letra constituye ley; á medida que se apegan á la letra, se está más seguro del éxito. Cuando la pasión está desencadenada, en religión como en política, el secreto de vencer es el arte de halagarla.

¹ Id. Beracot, fol. 13, 2; Sotah, fol. 20, 3; Babyl., Sotah, fol. 22, 2.

Se conoce la famosa cuestión debatida entre las dos escuelas: ¿Es permitido comer, en día de sábadó ó de fiesta un huevo puesto el día de sábadó? El dulce Hillel respondía inexorablemente no, con una severidad absoluta; el austero Schammai, en ese caso particular, era menos difícil. Se obedecía en la práctica al maestro más estricto; pero en revancha, Schammai prohibía, el día del sábadó, la instrucción de los niños, el cuidado de los enfermos; prohibía embarcarse en el mar y comenzar el ataque de una ciudad, tres días antes del sábadó.

La cuestión suprema, para la piedad de los Fariseos, era la pureza, no la pureza del corazón, que Dios ama y que pedían los profetas, sino la pureza legal, aquella que se ve, y que pone al Judío en oposición exterior y violenta con el paganismo.

¿La carne del cadáver es la que mancha, ó su piel y los huesos? ¿El contacto de los libros paganos, ó más bien el de los libros sagrados? ¿El agua que corre de un vaso impuro no es ella también impura?—¡Desdichado, decían los fervientes, quien desprecia la ablución de las manos! él será exterminado de este mundo. Los Saduceos se burlaban.—Ya veréis, decían, cómo los Fariseos llegarán á purificar el globo del sol.

Ese rigorismo pueril les absorbía. Sus prácticas piadosas consistían en sacrificios, en votos, en oraciones arregladas, multiplicadas, complicadas, que ellos venían á decir, en tanto que era posible, en el Templo y algunas veces en plena calle. Muchas abluciones antes de asistir al sacrificio, y aun antes de la lectura de la Ley. Se lavaban las manos antes de la comida, siguiendo el uso verosíblemente establecido por Hillel y Schammai; se abstentaban severamente del pan, del aceite y del vino de los paganos, ayunaban dos veces por semana, hasta en la noche, severa y voluntariamente, sobre todo el lunes y el jueves; daban limosna con ostentación.

Todas esas costumbres arbitrarias se introducían poco á poco, después del destierro, bajo la influencia de los Fariseos, y llegaron á ser un yugo severo que ellos se imponían é imponían al pueblo. La dirección moral estaba forzosamente com-

prometida por el pormenor inestimable de las obras y de las prácticas exteriores. El Evangelio no les deja adivinar en las censuras reiteradas de Jesús reprochando á los Fariseos, entre mil aberraciones, la de creerse dispensados de asistir á sus parientes pobres, al consagrar todos sus bienes á Dios.¹

A través de ese baturrillo de sutilezas legales y esas querellas de casuística, la ciencia moral arrojaba todavía alguna luz. Agradaba á los doctores traducir su sabiduría, á la manera oriental, en algunas sentencias breves y vivas, algunas parábolas de forma original y picante. Los Talmud nos han dado muestras numerosas. El "Pirke-Abot," es una colección edificante. Mas como los sublimes axiomas de filosofía, los hermosos preceptos de los Padres de la sinagoga, de los "grandes Pares," como se les llamaba, no eran más que una letra muerta, ni los unos y los otros han logrado hacer la ley viva de los que las redactaban, ni de aquellos á quienes estaban dirigidos. Los paganos no han sabido romper el yugo del fatalismo y del panteísmo, y los doctores judíos han sucumbido bajo un miserable formalismo.

Sin embargo, había un error histórico y una injusticia en hacer á todo el partido fariseo solidario de esas aberraciones religiosas, de esas irregularidades, de esas exageraciones y de esos vicios. El Nuevo Testamento bosqueja algunas figuras, tales como Nicodemus, José de Arimatea, Gamaliel, que respiran un gran aspecto de sencillez y de nobleza. Ahí se hallan á los puros descendientes de Hillel, el verdadero tipo de los Judíos abiertos á las esperanzas de Dios. Ellos han formado lo más distinguido, cuya sabiduría no era siempre escuchada en los consejos de los ancianos y de los jefes; ellos no han logrado detener el torrente de la opinión, pero han tenido la gloria de ver lo justo; ellos han escuchado la llamada de Cristo; y ellos han incurrido en la suerte de esas minorías abrumadas en las horas de crisis violenta, en donde la derrota es algunas veces un honor y el triunfo un borrón.

¹ Mateo, V, 29; XV, 3.

La masa del pueblo, lo que hoy se llamaría la clase media, no se interesaba para nada en esas discusiones vanas de escuela, y no se embarazaba con las prácticas innumerables de ese rigorismo. Se podía admirar al Fariseo devoto, no se le imitaba. Los Saduceos se permitían reír:—"Miradle, decían, él mismo se atormenta en esta vida, para hallar penosamente su recompensa en otra." Mas él no dejaba de conservar su altivez y su proverbial orgullo. No se contaba á sus ojos sino por la ciencia de la Ley y la práctica de los ritos. El pueblo ignorante é infiel, todos aquellos que no observaban exactamente las reglas fariseas, le inspiraban el más profundo desprecio; él los trataba de pecadores,² de abominación y de animal inmundo.

Los publicanos³ sobre todo,—los colectores de impuestos, los agentes del fisco imperial, los que visitaban las mercancías, percibían los derechos de importación y de exportación, cobraban los peajes en los puentes y los caminos,—eran el objeto de su desdén y de su odio. En revancha él estaba satisfecho de sí mismo:—¿No he cumplido con todo, decía, y en qué he faltado?

Está era su fórmula.

En general, la población estaba más bien en la tibia que en la indiferencia. En los días de fiesta, todos se despertaban; aun aquellos que como los publicanos, se mezclaban con el mundo pagano y aceptaban ser los agentes de la administración, llenaban el atrio de los Gentiles y tomaban parte de los juegos en el sacrificio y en las ceremonias del culto.

Sólo una clase hacía excepción, los Essenianos.³ Esos ascetas son un fenómeno curioso de la ciencia judía en esa época.

¹ Estos son los *επιστημολοί* de los Evangelios.

² *Τελωνοὶ; ἑρμηνευτοὶ*. Cf. Luc., XIX, 2; Bell, Jud., II, 14, 4.

³ Este nombre de Essenianos es la traducción griega de la palabra hebrea *Esseni*. Recuerda la palabra siríaca *hassa*, que no es más que la traducción de la palabra hebrea *hasidim*, piadoso. Esta etimología nos parece mucho más verosímil que aquella que quisiera derivar el nombre de Esseniano de *sabáh*, bautizar; de *asáh*, curar, ó de *hacháh*, callarse. Cf. Joselo, en los parajes indicados más arriba para los Saduceos y Fariseos.

ca. Ellos no forman un partido en la nación,—puesto que ellos habían huído el mundo y renunciado á toda acción pública,—sino más bien una orden religiosa. Habría error al ligarlos á los Yoguis de la India, á los Pitagóricos de la Grecia, á los Théurgos de la escuela de Alejandría. Sus verdaderos maestros son los "Hassidim" (los Piadosos), esos Judíos fervientes y antihelénicos de cuyo seno salió el ardiente Judas Macabeo. A sus ojos, la ley de Moisés es todo; ellos han dejado por ella la vida activa, la discusión, la política militante, y se han absorbido en el retiro, en un riguroso ascetismo y en la contemplación. Los Fariseos les parecen tibios, y la sinagoga, degenerada. No pudiendo cambiar el mundo, mueren para el mundo. Se asocian entre sí y viven en común; ellos son pobres. Durante algún tiempo se les llamó "Ebionim" (los Pobres), porque ellos afectaban no poseer nada; finalmente, se agrupaban en verdadera congregación y llegaron á ser los "Essenianos." Retirados sobre el borde occidental de la mar Muerta, construyeron cerca de la ribera, bajo los palmeros del oasis de Engaddi, verdaderos conventos.

Ellos renuncian al trabajo del mejoramiento de los hombres, abandonando todo á Dios, en su misticismo fatalista. Ellos creen al alma inmortal, esperan el libramiento de la materia, y esperan una vida venturosa; no juran, son castos, sobrios, silenciosos, mortificados, abstinentes. No quieren sirvientes: todos son iguales y hermanos. No se casan, dice Josefo,¹ pero aceptan los hijos de los demás, en la edad en que son susceptibles de disciplina, los tratan como si fueran de su familia y los forman á su imagen. Su gran rito consiste sobre todo en abluciones frecuentes.

Ellos se consideran como sacerdotes: ¿no está escrito, sois un pueblo de sacerdotes?² y ellos se abstienen del vino porque el vino está prohibido al sacrificador en el ejercicio de sus

¹ Bell. Jud., II, 8, 2.

² Ex., II.

funciones, ellos no van á las ciudades, porque las puertas están adornadas de estatuas; no se sirven de la moneda griega ó romana, porque el Deuteronomio prohíbe tallarse con imágenes.

La ley de Moisés es la tumba en donde están sepultados; no son vivientes, son sombras. Pasan á través del desierto y las aldeas, como seres de otro mundo, revestidos con la túnica blanca y del "mehil," ceñidos los riñones con un largo cinturón, y á su lado la dolabra,—pequeña hacha, cuyo uso prescrito por el Deuteronomio, nada tiene sino de pacífico. Los Fariseos, les desdennaban, les llamaban, haciendo alusión á su baño matinal, los "Hemero-baptistas," y ponían en ridículo sus prácticas; su comunismo les parece una cosa necia, y les tratan de piadosos imbéciles.

Los Essenianos aparecieron por la vez primera bajo Aristóbulo I, un siglo antes de Jesucristo, y desaparecieron para siempre hacia el año 70, en ta época de la ruina de Jerusalem y del Templo.

Además de los partidos, de la clase de los poderosos y de los letrados, además del vulgo más ó menos indiferente, ignorante ó corrompido, siempre hay en un pueblo cristiano un número de espíritus, quienes por la mediocridad misma de su situación, escapan á la corrupción y al orgullo de los ricos, á los vicios del vulgo, y aun á las preocupaciones que, bajo el nombre de ciencia y de cultura, apartan frecuentemente, estrechan y paralizan el espíritu de los letrados. Viven sin ruido, sin ostentación, cumplen obscuramente su deber; son sencillos y rectos: temen á Dios; se contentan con poco, no teniendo la riqueza ni la ambición; soportan sin murmuración las pruebas de la vida, tienen piedad de los que sufren, aman la paz y se guardan del mal. Su mirada es sencilla y su corazón es bueno; ven lo justo, porque quieren el bien; llaman á las sanas novedades, porque tenían hambre y sed de justicia; son la sal de la tierra, é impiden la corrupción total.

Quando Dios quiere hacer avanzar al mundo y transformar á un pueblo, envía á sus profetas. El profeta es la palanca de Dios, los humildes de este mundo son el punto de apoyo. La voz que anuncia las cosas santas halla en ellos un eco. Se estremecen, los primeros, con los rayos de una primavera que va á rejuvenecerlo todo. Sería difícil contarles; pero Dios les conoce, y su Espíritu reposa en ellos.

Despreciar ese elemento en la vida de los pueblos, es omitir una de las fuerzas más activas, aunque la más silenciosa. Es preciso mirar, en los tiempos de crisis y de angustia, á esos desconocidos, á esos olvidados, á esos anónimos; esos son los que Dios conserva; escapan al diluvio, y salen del arca, para comenzar una era nueva, sobre una tierra purificada y rejuvenecida.

Es difícil valuar con alguna precisión histórica este elemento de la sociedad judeana. Existía sin embargo,—no se podría negarlo,—un poco en todas partes, en la ciudad y en los campos, en los bordes del lago y hasta entre los publicanos desdeñados.

A pesar de su servidumbre y el naufragio de su independencia, los Judíos, en Judea, como en sus colonias en pleno mundo pagano, guardan todavía una especie de gobierno propio. Esta autoridad, á la vez religiosa y nacional, reside en una asamblea de setenta y un miembros. La tradición judía refería la institución á Moisés, é invocaba la ley¹ para darle un carácter sagrado. En el fondo nada hay de común entre el Sanhedrin y los Ancianos de quienes habla Moisés. Esos últimos no son sino representantes del pueblo; ellos deliberan en las graves ocasiones, pero no son la autoridad nacional. Igualmente sería un error confundir el Sanhedrin con la "Gran Asamblea" constituida por Esdras, que no era más que un colegio de los escribas llamados á resolver las cuestiones del orden del todo religioso.

¹ Números, XI, 16.

El Sanhedrin, propiamente dicho, no apareció sino hacia la mitad del tercer siglo antes de Jesucristo, bajo Antioco Epifanio. Josefo le llama la *γερονσία*¹. Esta asamblea ha debido ser una concesión de los Ptolomeos, quienes para ganar la simpatía de los Judíos, les reconocieron el derecho de gobernarse por sí mismos. Ese tribunal cuyas atribuciones fueron en su origen, bajo los Seléucidas, verosíblemente muy restringidas, se hizo más influyente bajo los Asmoneanos. Es preciso descender hasta el reinado del rey Hircano, por el año 130, para ver el "Beth-Din" transformado en "Synédrión," y dividir el gobierno de la nación con el gran sacerdote quien, hasta ahí, tenía toda la autoridad. Los Romanos, dueños de la Judea, el año 63, dejaron subsistir esta representación nacional, restringiendo sus poderes; y la hallamos, bajo los Herodes y los procuradores, con la organización que le dió Hircano.

El gran sacerdote preside el Sanhedrin, á lo menos después de la muerte de Hillel.² El se llama "Nasi" (príncipe), y el vice-presidente, "Ab-beth-Din" (padre del tribunal), porque él tiene asiento en los negocios judiciales. La asamblea recluta sus miembros entre las familias que tienen derecho al pontificado supremo, como la de Hanan y de Phabi: estos son los grandes sacerdotes; entre los que ocupan una gran situación de fortuna y que pueden, por medio de sus tablas genealógicas, atestiguar la fuerza de su origen judío; esos son los ancianos, *πρεσβύτεροι*; en fin, entre los doctores, los jefes de escuela, los rabbis, los que copian la Thora, la estudian, la comentan, la enseñan: esos son los escribas, *γραμματεῖς*, los maestros, *διδασκάλου; ἐπίσθης*.

Las atribuciones del Sanhedrin son variadas y numerosas. Todo lo que constituye la vida judía, en sus menores detalles, salió de su autoridad: él es á la vez un concilio, una corte de justicia, un parlamento. El juzga las cuestiones de doctrina, de derecho y de ritual, vela por la fuerza de la raza en los matri-

¹ Antiq., XII, 3, 3.

² Antiq., XX, 10; Act., V, 17 y sig.; VII, 1; IX, 1, 2, etc.

monios de las familias sacerdotales, fija el calendario y las neomenias, arregla lo contencioso entre los judíos. Tiene la guarda de las tradiciones y de la Ley, cita ante él á los blasfemadores y á los falsos profetas, les condena, aun á la muerte y á la lapidación, salvo el pedir la ratificación del procurador romano.

En tiempo de Jesús y desde el reinado de Herodes, no había más que un cuerpo envilecido.¹ Dando al gran sacerdote la presidencia del Sanhedrin, y haciendo del gran sacerdote una criatura á su antojo, Herodes y los Romanos han hallado el medio de esclavizar al cuerpo entero y de tenerle á sus órdenes. No es entre esos representantes oficiales en donde es preciso buscar la verdadera vida nacional. Cuando los fariseos le llevaban ante el Gran Concejo, su celo feroz por la Ley no temía nada, y no vacilaban en intimar al rey Herodes á comparecer ante ellos.² El partido saduceo que domina en la asamblea no conoció esta fiera independencia, él no tiene otro cuidado que reprimir en el pueblo toda efervescencia y evitar con la autoridad romana el menor conflicto. Pilatos no tenía mejores aliados que los grandes sacerdotes para tener á la nación vencida, inmóvil bajo el yugo. Ya se les verá en el proceso de Jesús, mostrarse más celosos que el gobernador por la tranquilidad del Imperio y la amistad de César.

Es raro que los poderes establecidos, los cuerpos constituidos, sean los instrumentos de una renovación; ellos piensan sobre todo en mantenerse y perpetuarse; el presente les absorbe, las ideas nuevas les inquietan, el día siguiente les espanta, les agrada mejor ver el pasado que el porvenir; su función es más bien conservar que innovar. Toda marcha para adelante quiere el sacrificio de las formas usadas, ella se prosigue á través de los descubrimientos y sobre los restos de lo que ha cesado de vivir. El Sanhedrin ha sufrido esta ley y él

¹ Antiq., XV, 2, 4; 3, 1.

² Antiq., XVII, 2, 4.

hubiera embarazado el Reino de Dios; si alguna potestad humana hubiera podido contrariar á la fuerza irresistible del Espíritu.

Los acontecimientos políticos y religiosos que, después de más de un siglo, se sucedían en Palestina, en el Pequeño estado judío, hacían su situación siempre más grave y le encaminaban á su ruina.

Las luchas fratricidas de los últimos Asmoneanos, la toma de Jerusalem por Pompeyo, la entronización de Herodes por Augusto como rey de la Judea reconstituida; la política pagana y tiránica de este Idumeo, sus atentados contra la religión, la división de su reino, los diez años de violencia y de crueldad del etnarca Arquelaos, la transformación de la etnarquía en provincia del Imperio, el juramento de fidelidad á César, á una autoridad pagana, el censo pagado cada año en señal de servidumbre definitiva, la presencia de los procuradores romanos y su administración despótica,—todos esos hechos, que componen la dolorosa historia de los judíos desde el año de 64, hieren como tantos golpes terribles á la nación decaída.

Ni un patriota que no sea tocado en su amor apasionado por su religión y su país; una inmensa tristeza invadió al pueblo entero; todos llevan el duelo de su independencia. Lo que les hiere más cruelmente, no es menos el sentirse los vencidos de una potestad pagana como de ser violada la libertad de su culto. La mayor parte se resignaría á vivir bajo un poder extranjero; pero lo que nadie puede sufrir, es la opresión de la conciencia, es un gobierno ultrajante de la Ley santa. Ahora bien, á cada momento, los procuradores de Roma llevaban contra ella una mano brutal y sacrílega. El pueblo rebelde prefería la muerte al espectáculo de semejante abominación.¹ De todas las libertades, en efecto, la libertad de servir á su Dios es la más santa; ninguna otra tiene en el cora-

¹ Cont., App., I, 22.

zón del hombre raíces más vivas, más indestructibles, y entre todas las naciones, no se hallará quien haya mostrado más adhesión que la nación judía á su Dios y á su Ley.

Están lejanos los tiempos en los que Israel corría en pos de los ídolos y merecía por sus adulterios contra Jehovah, el anatema de los profetas. La religión, aunque mal comprendida, era su gran pasión, ella se confundía con la sangre de la raza, con la patria, y el pueblo estaba siempre presto á levantarse para defenderla; de todos los sentimientos propios para conmoverla, es el más tumultuario y el más excitable.

Roma no lo ignoraba. Los dos primeros emperadores, César y Augusto, siempre han sabido tenerlo en cuenta; pero su moderación no podía prevenir todos los choques; las necesidades administrativas se chocaban á cada paso con las exigencias judías; y el descuento anual del impuesto era, para él solo, una ocasión puramente de conflicto.

Tiberio continuó en sus primeros años la política de sus predecesores. Un buen pastor, decía, en su egoísta sabiduría, trasquila sus ovejas, pues evita el desollarlas.¹ No le agradaba cambiar sus procuradores; conociendo la profunda corrupción del hombre, sabía su codicia, y decía de ellos con desprecio: Si se espanta á las moscas que devoran la sangre de un herido, en el momento en que ellas están saciadas, las que las reemplacen chupan la llaga con una nueva avidez.²

Sin embargo, hacia el décimo año de su reinado, un hecho escandaloso puso en conmoción á la asistocracia de Roma, habiendo sido sorprendidos algunos Judíos en flagrante delito de estafa y de charlatanismo,³ el antiguo odio que dormía siempre en el fondo del corazón de los paganos estalló contra la nación entera. El ministro Séjan se hizo el instrumento oficial de la cólera pública y juró exterminar á esta raza detestada. El

¹ Tácito, An., XI, 42.

² Suet., Nerón, 22.

³ Antiq., XVIII, 4. Se trata de la conversión al judaísmo de una gran dama romana llamada Fulvia. Tres ó cuatro judíos la explotaron con una habilidad y una audacia sin par: el marido, Saturnino, les sorprendió y les denunció al prefecto.

viejo Tiberio, en su voluptuosa Capréa, dejó obrar á su ministro influyente. Las colonias judías bien pronto sintieron el rechazo de lo que pasaba en la metrópoli, y Pilatos fué escogido para reemplazar en Judea, hacia el año 26, á Valerio Grato.

Los procuradores que, después de veinte años, administraban á ese país, habían evitado huir violentamente el sentimiento religioso. Por lo mismo, no llevaron jamás á Jerusalem, los estandartes de las legiones sobre las que se veía la imagen del Emperador. Esas consideraciones surgieron por la debilidad de Pilatos. Su primer acto, al tomar posesión de su cargo, fué una violencia y un ultraje. Dió orden á la guarnición de entrar por la noche á la ciudad con los estandartes. El pueblo, advertido del acontecimiento, corrió en tropel de Jerusalem á Cesarea, importunando á Pilatos durante cinco días y cinco noches, conjurándole á retirar la abominación de la Ciudad Santa. Al sexto día, el procurador invitó al pueblo á venir al circo, en donde había dado al mismo tiempo cita á un destacamento de soldados. Los Judíos reiteraron sus súplicas: á una señal, los soldados por todas partes cercan á la multitud, con espada reluciente. Los Judíos permanecen inquebrantables, presentan sus pechos, declarando que mejor prefieren morir que sobrevivir á la violación de su Ley. Pilatos tuvo miedo: ordenó retirar los estandartes de Jerusalem.¹ Pero, como si él obedeciera á una palabra de orden venida de más arriba, él renovó sus actos de violencia, provocando así contra Roma un aumento de repulsión y de aspereza.

Quando la vida de un pueblo está amenazada, todos los sentimientos se exaltan hasta el paroxísimo. Los paganos no son solamente para los Judíos opresores, ellos son impíos; no son solamente los enemigos de Israel, ellos son los enemigos de Dios: su contacto es una mancha. El más terrible y el más implacable de los odios, el odio religioso, les persigue silencio-

¹ Antiq., XVIII, 3, 1; Bell., Jud., II, 9, 2, 3.

samente y no cesa de atraer sobre ellos el castigo y las venganzas de Jehovah. En el corazón del pueblo y en el partido de los Fariseos, es en donde se esconde este odio.

Cualquiera otra nación, viéndose oprimida de esta manera, hubiera cedido á la fuerza y se hubiera resignado al yugo: el Judío se deja rechazar, aplastar, pero no reducir; y salvo algunos Saduceos á quienes un vivo interés une á los procuradores, todos, en lo más profundo de la miseria nacional, guardan la fe en días mejores. Con la opresión creció su esperanza, nutriéndose con los mismos acontecimientos, de todo lo que tenían de triste, de humillante y de doloroso.

Ciertos libros,—Judith, los Macabeos, Daniel, Henoch, el pequeño salterio de Salomón, la gran colección de los Salmos—eran muy leídos. Hay siempre una literatura oral ó escrita que, en armonía con los acontecimientos, sostiene el ideal de un pueblo. Se vigorizaban con los recuerdos de los valientes Macabeos y de su lucha gloriosa; se entusiasmaban, buscando el enigma de los libros apocalípticos; había agrado en ver esos cuadros grandiosos que pintaban la caída sucesiva de los grandes imperios al rededor de Israel inmóvil é indomable; se sabía de memoria el salterio de Salomón, y los cánticos nacionales de la gran colección en la que palpita entera el alma del pueblo. Se empleaba su poesía divina para gemir, para llorar, para sufrir, para anatematizar, para tener paciencia, para inclinar la justicia y apresurar la venganza, para implorar, para esperar, para invocar á Dios, para vivir, en fin.

En despecho de todo, y á la faz de los Romanos victoriosos y señores, los Judíos querían vivir: ellos creían en su inmenso destino.

Una idea, en efecto, domina y resume á las demás, en esos años en los que comienzan para ellos las convulsiones de la agonía: el Reino de Dios está cercano; el Mesías, el Rey del porvenir, va en fin á aparecer.

Esta esperanza, que durante siglos, parecía el infantazgo, el lote de los profetas, elevándose al corazón del pueblo sólo en

las horas de crisis, como el arco-iris en la tempestad, es por lo demás el patrimonio de todos. Jamás, ni bajo la servidumbre de Egipto, ni bajo el destierro de Babilonia, ni bajo el mismo Antioco, el brutal Seléucides, ella ha sido más viva, más impetuosa; esta es la idea candente. A cualquiera partido que se pertenezca,—con excepción de los Saduceos,—Fariseo ó Herodiano, á cualquiera escuela á que se refiera, á la de Hillel ó á la de Schammai, á cualquier rango social en que se esté colocado, sacerdotes y ancianos, doctores y escribas, Ebionitas y publicanos, todos son excitados é indignados.

Cuando una idea se apodera de una nación, la agita y la apasiona, es raro que ella sea uniformemente comprendida. Ella se modifica, se diversifica, se altera á merced de las preocupaciones, de los intereses y de los instintos del momento. La idea del Mesías entre los Judíos no ha escapado á esta fortuna; ella no está en el espíritu del tibio Saduceo lo que ella es en el alma del Fariseo ardiente; ella es concebida de otra manera por el escriba ó el legista absorbido en la Thora, y por el haggadista irritado contra las impiedades romanas, por el hombre del pueblo ciego de superstición, y por el Judío piadoso que vive dulcemente en espera de la consolación de Israel, por el Judío palestino y por el Judío alejandrino.

Nadie dudaba que el Reino de Dios no fuera á establecerse. ¿Pero cómo? La opinión pública estaba dividida. Los grandes sacerdotes, los Fariseos, los Saduceos, y hasta los partidarios desalentados de Judas el Gaulonita,—por diversos motivos, por prudencia y por egoísmo, ó por una falsa interpretación de las Escrituras,—se imaginaban que el Mesías no era otro que Israel, y el Reino de Dios, la obediencia á la Ley; ellos no velan incompatibilidad entre ese reino y la sumisión á un gobernador romano residente en Antioquía, y en un procurador establecido á Cesarea.

Esas doctrinas traducen exactamente las esperanzas de la clase aristocrática, de todos aquellos que, preocupados de sí

mismos, componen sus ideas de manera á no mortificar su tranquilidad egoísta, y sueñan en el porvenir la continuación del pasado. Que Jerusalem sea más deslumbrador, que el Templo tenga un tesoro más rico, que la sangre de las víctimas corra á torrentes en el mar de bronce, que los pórticos estén invadidos por una muchedumbre compacta, que los ancianos sean más honrados, que los diezmos sean más abundantes, que las cátedras de las sinagogas tengan más oyentes, que la enseñanza de los maestros llegue hasta los paganos, que acudan los prosélitos, que el mundo entero conozca al Dios de Israel: he aquí al verdadero Reino de Dios.

Esta indiferencia, esta fácil resignación á la esclavitud política, esta espera pasiva de una mañana gloriosa, no estaban hechos para los espíritus celosos, ardientes y libres. Eran numerosos entre los Judíos y en el seno mismo del partido fariseo, los que á la adhesión á la Ley unían la pasión de la grandeza nacional, confundiendo estas dos cosas en un mismo vehementemente amor. De su rango es donde salieron los Macabeos, los seis mil que rehusaron, bajo Herodes, el juramento de fidelidad, con motivo del empadronamiento de que habla San Lucas, Judas el Gaulonita y el doctor Saddok, y, finalmente, más tarde, los Kanain, los Zelotas, ese partido de la rebelión á mano armada, esos intransigentes cuya palabra de orden era: No hay otro Señor que Dios! Nada de impuesto! El impuesto es el signo de la esclavitud.¹

Ellos esperaban un Mesías guerrero, un verdadero Rey al que Dios daría la potestad de sacudir el yugo romano, de someter á Israel á los infieles, y de establecer la ley de Moisés sobre el mundo entero subyugado. El elemento político absorbía al elemento religioso. Ellos hallaban en el pueblo y en la juventud siempre fogosa un eco fiel y vibrante. A cada paso amenazaban con insurreccionar al país; desde que una medida contraria á la religión era tomada por el gobernador, ellos

¹ Bell. Jud., VIII, 6; Ant., XVIII, 1, 1.

rugían, fomentando por doquiera las pasiones populares con una intrepidez que no temía nada, ni los suplicios ni la muerte.

Las supersticiones relativas al Mesías y á su reino estaban en plena florescencia en la masa ignorante. Las imaginaciones se exaltaban con la lectura de los libros apocalípticos. Se esperaba á un sér extraordinario que aparecería entre las nubes. Algunos decían que estaba oculto y que brillaría de repente como el relámpago. El ejecutaría como soberano la sentencia de los pueblos confundidos por él, y entonces se abriría una era prodigiosa de felicidad. Otros esperaban á dos Mesías: el uno que combatiría, sufriría, sería vencido; el otro que recogería las glorias del triunfo. Esta idea no ha contribuido poco á excitar la ambición de esos Zelotas indomables que se creían llamados á ser el Mesías combatiente y doloroso.

Sin embargo, habría un error en creer que en los tiempos de Jesús los Judíos palestinianos no habían visto en el Mesías más que á un héroe terrestre, y en su obra, una obra del todo política. Por poderosa que haya podido ser esta ilusión en los letrados y en el vulgo, era preciso que ella hubiera eclipsado al elemento divino y religioso de la idea mesiánica.

Entre los documentos que nos informan con más exactitud respecto á la idea que se formaban del Mesías y de su reino los mejores Judíos, es preciso citar el libro de Henoch y el pequeño salterio de Salomón.

En el libro de Henoch,¹ de tan gran crédito en la opinión de la que expresa fielmente las ideas, el Mesías es llamado "el Elegido, el Ungido, el Hijo del Hombre," y hasta "el Hijo de Dios." El es, según el autor, al igual de los ángeles y, como Hijo de Dios, parece tener cerca de él el lugar que Philon asigna á su "Logos." El Hijo del Hombre habita cerca de Aquel que tiene el principio de los días;² él está sentado so-

¹ Das Buch Henoch, übersetzt von Dillm am. Leipzig, 1853.

² Ibid., 45, 1 y sig.

bre el trono de la Majestad, cerca de Dios;¹ todos le invocarán, y él reinará sobre todos.²

Su destino será el de un profeta, de un doctor y de un juez. En él moran el espíritu de sabiduría y de inteligencia, la verdad, la fuerza y el espíritu de los que ya no son.

El será el último de los profetas; su acción llegará á todos los pueblos de la tierra, él será la luz de los profetas y la esperanza de los afligidos.³ Él juzgará las cosas ocultas, en el trono de la majestad de Dios, y no solamente los hombres, sino los ángeles caídos, Azazel y todos sus ejércitos.

Después del juicio, el cielo y la tierra serán renovados, reservados al tiempo mesiánico, inaccesibles á los pecadores.

Los Judíos palestinos no dudan del doloroso advenimiento del Mesías, ellos no tienen idea de su muerte y de su vuelta gloriosa. El Mesías no muere, dicen, él permanecerá eternamente como el trono de David que debe restaurar.⁴

Las mismas ideas, con menos grandeza y pureza, se hallan en los más antiguos Targums, el de Onkelos y el de Jonathan; comprobarnos ahí todavía las mismas causas de eferescencia política y religiosa, siempre activas en esos Judíos que no se resignaban á ver salir el cetro de su raza, y que, al perder su independencia, se acordaban de la gran palabra de un profeta, —el patriarca Jacob moribundo,—clamándoles á través de los siglos: él vendrá, pero solamente cuando el cetro haya salido de Judá.⁵

Entre los piadosos y los pacíficos, los humildes y los silenciosos, las esperanzas de Israel guardan su pureza. Ellos no limitan ni alteran por las preocupaciones y las pasiones el movimiento del Espíritu; ellos no maldicen á los paganos, dejan á Dios la venganza; ellos saben que, según la palabra de los

¹ Ibid., 55, 4; 69, 29.

² Ibid., 48, 5; 62, 6.

³ Ibid., 48, 4.

⁴ Juan, XII, 22; Luc., XXIV, 19.

⁵ Gen., XX.

profetas, serán libertados de sus enemigos, pero ellos no piensan en esclavizar á sus señores y no se halagan con locas ambiciones terrestres; ellos esperan la consolación de su pueblo, ven en el Mesías prometido la llegada del mismo Dios, al Emmanuel y al Hijo de Dios,—aquel que alumbrará las tinieblas paganas, juzgará en justicia y será la gloria de Israel.

¿Cómo se cumplirá todo esto? Ellos no tratan de penetrar este incógnito. Los designios de Dios nos exceden, se les comprende á medida que se realizan, porque ellos llevan en ellos y con ellos su luz. Las almas son conmovidas, ellas experimentan el estremecimiento de aquellos á quienes devoran impacientes aspiraciones.

Qué espectáculo tan conmovedor el de ese puñado de hombres en pie ante la omnipotencia romana! Ellos nunca han estado más débiles, y jamás sus aspiraciones han sido más elevadas. Lo que los mismos Romanos creen tener,—el imperio universal,—ellos lo quieren; mientras que los Romanos no aspiran sino al reino de la fuerza, ellos quieren el reino de su Dios, y se presentan en torno de su Templo como en torno de su última fortaleza.

Ellos interrogan á sus doctores con ahinco:

¿Cuándo vendrá el Salvador? Vuestros pecados, responden los escribas, detienen el día de la libertad y de la consolación. ¿Alguna vez somos dignos del socorro de Dios?

El libertador no se levantaba.

En el fondo, los maestros no sabían nada; su respuesta no era más que una fórmula vana destinada á cubrir bajo una apariencia de religión y de humildad el vacío de su pensamiento. El pueblo no se calmaba nada. A cada paso, estaba presto á la rebelión, decidido á seguir á aquel que le condujese; tenía el oído despierto á la menor llamada, á la menor voz.

El alma de una nación es como la del individuo, tiene sus excesos de abatimiento ó de tensión violenta, de calma ó de eferescencia. La Judea, después de la deposición de su etnarca Arquelao, atravesaba por una de esas crisis.

Entonces apareció en Israel un hombre destinado á traducir en su país turbado por los partidos, encorvado por el yugo pagano, apartado por sus pasiones y sus preocupaciones, el pensamiento y los designios de Dios.

El va á hacer revivir á los profetas, cuya voz callaba hacía cuatro siglos, y de quienes los Fariseos no piensan sino en embellecer sus tumbas; él hallará su acento para hablar de la virtud, del porvenir y del deber nacional; como todos los seres providenciales, él será el genio y la conciencia de todo un país, el genio que ve justo, la conciencia que ordena el bien; él va á responder á las preocupaciones más vivas de todos: de ahí su potestad; de ahí, la extensión y la rapidez de su unión.

Los hombres que no entran en lo vivo de su siglo, son incapaces de despertar el menor eco; el vulgo no les escucha ni les comprende, ellos permanecen impotentes y estériles, como la multitud permanece indiferente y distraída. Mas los que Dios envía, llegan á propósito; la tierra se agita bajo sus pasos, y sus obras viven.

Juan era de la raza de los profetas, y el más grande de todos.

El ha sido escogido desde el seno de su madre. Hijo de un sacerdote y de familia sacerdotal, no ha crecido para suceder á Zacarías en el servicio del Templo. La costumbre puede encadenar á las naturalezas vulgares; las que Dios predestina van á merced del Espíritu. Juan conoció evidentemente su parentesco con Jesús y María; no parecía que jamás hubiera visto á aquel de quien iba á ser el precursor; mas él escuchaba de boca de su madre todo lo que había marcado con un signo divino á su propio nacimiento, y por ella supo el porvenir que había sido profetizado sobre su cuna. Vivió y creció, como un sér consagrado, un "Nazir." Ninguna influencia terrestre debía trastornar á esta alma consagrada á la más elevada de las misiones.

El habita el desierto, escuchando la voz interior del Espíri-

tu y fortificándose por ella, El vigor de su inspiración le eleva sobre su tiempo y su medio. El decide sobre todo lo que le rodea: no se halla en él la marca de ninguna escuela, el sello de ninguna casta, la señal de ningún partido. Algunos han creído ver en él, como en Jesús, á un Esseniano: él no tiene ni los dogmas, ni las costumbres, ni el vestido, ni las tendencias; no es un cenobita, es un solitario. Para encontrarle parecido, es preciso remontar hasta Elías el Thesbita, y hasta Isaías; ambos reviven en él. En sus largos años de soledad, él se ha penetrado de su gran recuerdo. La figura de Elías debía radiar á sus ojos como el tipo del profetismo: el mismo valor indomable, la misma vehemencia. Los oráculos de Isaías han debido ser su libro preferido. Las muy raras palabras que la historia ha guardado de él recuerdan al más elocuente y al más lúcido de los profetas mesiánicos.

El mal le entristece é indigna, él comprende la profundidad y el horror; él no halaga, él reprende; él no consuela, él aterra. De un carácter inflexible, nada teme: ni al pueblo ni á los grandes, ni á los príncipes; su sinceridad es inexorable. El tiene el don de conocer y de penetrar las conciencias. Penitente heroico, él tiene la autoridad que se impone á las multitudes. Ningún profeta ha clamado más poderosamente que él la palabra que conviene á las naciones anonadadas por la justicia de Dios: "Haced penitencia." Y sin embargo, ese vengador de la moral, ese heraldo del arrepentimiento y del terrible juicio de Dios, no se plega bajo el peso de los vicios que él flagela; no es un pesimista desalentado, es un hombre de esperanza.

El ve llegar el reino de Dios, y anuncia que él está ahí; pero lejos de halagar á su país por esta nueva que resume todas las ambiciones de Israel, él le marca con un tono severo el medio de acogerla. Poco importa el título de hijo de Abraham, es preciso tener las virtudes. Nada bueno llega sin la sumisión del hombre á Dios.

El tiene la imaginación viva y la palabra atrayente, el acen-

to enérgico y esta pasión del bien que da la elocuencia irresistible.

Toda su vida es una predicación viviente. El tiene en nada al mundo degenerado que evangeliza; él no deja el desierto; él no conoce más que á la voz de Dios hablando á su conciencia y la de la naturaleza desolada que le habla también el lenguaje de Dios. Su vestido recuerda el de Elías, su maestro: una túnica de piel de camello,—un verdadero cilicio,—y en torno de sus riñones, un cinturón de cuero. Su alimento, son langostas cocidas en la pídra y miel salvaje recogida en el hueco de las peñas. A ejemplo de los profetas de la escuela de Elías, él no habita ni en la ciudad, ni en las aldeas, ni en las casas, sino en las grutas de la montaña desierta.

Todavía hoy se muestra, al Oeste de Ain-Karim, una de esas grutas que fué tal vez su primer refugio en su vida errante. Ella está cavada en plena roca viva, sobre el flanco oriental del valle de Beit-Anina. Una fuente brota á dos metros sobre la misma gruta; ella riega todo su rededor: el césped está verde, el limonero en flor, el algarrobo ostenta sus ramas negras. El torrente, henchido en los días de tempestad, ruge en el fondo de la garganta. En frente, sobre la vertiente occidental, una pequeña aldea árabe. Una fuente ha atraído ahí á algunos pobres fellahs. Un poco á la izquierda, á media colina, un ramillete de árboles verdes,—lugar venerado en donde, según la tradición del país, los cuerpos de dos valientes Macabeos, matados en combate, fueron un instante depositados. Soledad áspera y desnuda. Horizonte cercado. Se siente atraído por los flancos del valle que parece querer juntarse. Se tiene necesidad de mirar al cielo que domina y ensancha todo. Esas rocas, ese torrente, este valle triste, están en plena armonía con el personaje austero que ahí vivió. El eco de la voz poderosa que clamaba: "Dios llega, preparad sus caminos, arrepentíos," llena todavía ese desierto; se la cree escuchar al través del ruido del viento que pasa y el murmurio de las aguas de Beit-Anina.



CAPITULO II.

ACCIÓN RELIGIOSA DE JUAN BAUTISTA.—EL BAUTISMO DE JESÚS.

El año 27 era un año sabbático.¹

La vida agrícola está supendida, no se trabaja ni se siembra, los campos están en barbecho; la tierra, las bestias, los hombres, todo descansa. Los frutos crecen por sí mismos sin cultivo, ellos pertenecen á los pobres, que también tienen un año de libertad, de abundancia y de alegría. Las sinagogas son más frecuentadas en los días de fiesta y en la hora de la oración; los caminos de Sion ven pasar caravanas más numerosas; la cátedra de los doctores está más rodeada. Menos absorbida por el trabajo, la multitud, que en Oriente, ama las charlas sin fin y la vida al aire libre, se entrega á todas las preocupaciones religiosas y políticas, cuyo ardor va en aumento.

Entonces fué cuando Juan se reveló al pueblo.

El no apareció en las plazas públicas ni en las puertas de las ciudades, él no se mostró en Jerusalem, en las encrucija-

¹ Véase el Apéndice A. La cronología general de la vida de Jesús.